

## Jesucristo ante la frustración humana

*«Vanidad de vanidades, todo es vanidad...  
He aquí todo era vanidad y aflicción de espíritu,  
y sin provecho debajo del sol»  
(Ec. 1:2, Ec. 2:11)*

*«Un mundo loco, lleno de gente loca,  
está dando un salto mortal en el cielo,  
y cada vez que empieza un salto,  
ha pasado otro día.»  
(poema anónimo)*

Cada vez más personas en nuestra sociedad se identifican con este poema y con las palabras iniciales del Eclesiastés: viven con una sensación de absurdidad, de estar en un viaje a ninguna parte, de que la vida no tiene sentido. Pero, ¿es realmente un sentimiento moderno? El libro del Eclesiastés, escrito hace más de tres mil años, ya nos hace un retrato descarnado de este «síndrome» de frustración vital repitiendo como un estribillo la frase «vanidad de vanidades, todo es vanidad». El vacío y la absurdidad de una vida sin Dios han sido compañeros inseparables del ser humano desde siempre.

La palabra frustración viene de un término latino *-frustra-* que significa en vano, sin sentido, inútil. Es significativo observar cómo en nuestra generación esta palabra ha llegado a convertirse en una expresión popular, sobre todo entre los adolescentes: «¡qué frustré!» exclaman ante una contrariedad. La mayoría probablemente no es consciente de la profundidad de lo que están diciendo, pero es un reflejo muy significativo del vacío existencial de muchos de ellos. Sin saberlo, están expresando toda una filosofía de vida.

### **Caminos sin salida: la frustración en la vida diaria**

¿Qué es, en realidad, vivir frustrado? Podemos encontrar expresiones visibles de la frustración casi en cualquier área de la vida, pero vamos a dejar que la palabra de Dios misma nos lo muestre.

El autor del Eclesiastés hace una descripción detallada de su frustración al contemplar la vida tal cual es. Podríamos decir que se enfrenta cara a cara con la vida, ejercicio muy poco habitual hoy en una sociedad que nos está distraendo constantemente con válvulas de escape que nos ayudan a olvidar y mitigan los sinsabores diarios. Acompañemos al Predicador en su reflexión existencial. Repasa una a una las diversas **ilusiones** y metas a las que se había entregado durante años empezando por el **trabajo**: «¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?» (Ec. 1:3). «Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho bajo el sol, el cual, al fin y al cabo tendré que dejar a otro que vendrá después de mí; y quién sabe si será capaz o incapaz, sabio o necio el que se aprovechará de todo mi trabajo en que yo me afané y en que ocupé debajo del sol mi sabiduría. Esto también es vanidad.» (Ec. 2:8). ¿No es éste el mismo sentimiento de muchas personas al llegar a la jubilación o en la crisis de la media vida a los cuarenta-cincuenta años? Uno se pregunta: ¿ha valido la pena tanto sacrificio, tanto esfuerzo? ¿Para qué? El actor Marlon Brando, poco después de entrar en un proceso de enfermedad grave afirmó: «Te acercas al final de la vida, ha pasado todo muy rápido y cuando llegan los últimos días dices ¿qué demonios ha sido esto?».

Esta desazón no aparece sólo al considerar la vida laboral. La misma experiencia relata el Predicador cuando se entrega al **estudio**: «Dediqué mi corazón a conocer la sabiduría y a entender los desvaríos. Conocí que aun esto era aflicción de espíritu, porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia y quien añade ciencia añade dolor» (Ec. 1:17-18). El vivir sólo para

estudiar, para la ciencia, también le deja al Predicador un sentimiento de vacío. Goethe, un hombre con una inteligencia privilegiada y dedicado por completo a las letras, el día que cumplió 75 años confesó: «En mi vida todo ha sido fatiga y dolor, puedo decir que en 75 años no he disfrutado ni cuatro semanas de verdadera satisfacción».

Tampoco la prosperidad económica, las **riquezas**, llenaron al autor del Eclesiastés. «Dije yo en mi corazón: ven ahora, te probaré con alegría y gozarás de bienes, mas he aquí esto era también vanidad» (Ec. 2:1). «Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas, me hice huertos y jardines y planté en ellos árboles de todo fruto; me hice estanques de agua, para regar de ellos el bosque en el que crecían los árboles; compré siervos y siervas y tuve siervos nacidos en casa; tuve posesión grande de vacas y ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias... Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén.» (Ec. 2:4-9). Pero he aquí su conclusión en crudas palabras: «Miré yo después todas las obras que habían hecho mis manos y el trabajo que tomé para hacerlas, y he aquí todo era vanidad (frustración) y aflicción de espíritu y sin provecho debajo del sol» (Ec. 2:11). Los bienes materiales no pueden dar un sentido a la existencia. ¿Es casualidad que algunos de los hombres más ricos y célebres hayan acabado sus días quitándose la vida? Este fue el caso de George Eastman, inventor de cámaras fotográficas y fundador de la famosa compañía Kodak. Considerado uno de los filántropos más generosos de América, donó la mitad de su fortuna para obras de caridad. Pero nada parecía llenar su vida hasta que, ya anciano, a los 78 años se suicidó.

El Predicador buscó también la respuesta a su inquietud en los **placeres**. «No negué a mis ojos ninguna cosa que no desearan ni aparté mi corazón de placer alguno» (Ec. 2:10). Observemos, sin embargo, de nuevo la conclusión: «A la risa dije: enloqueces, y al placer, ¿de qué sirve esto?» (Ec. 2:2). La satisfacción de todos los deseos y necesidades, el *carpe diem* (vive el día) de los antiguos latinos acaba también produciendo un sentimiento de tedio. Los ejemplos en nuestra sociedad -hedonista en grado máximo- son innumerables. El mundo más vacío es el de la persona que vive sólo para divertirse.

Todos estos caminos -el trabajo, el estudio (el mundo académico), los bienes materiales, los placeres- son buenos en sí mismos. La Palabra de Dios no los condena. Cometeríamos un grave error si los presentáramos como algo negativo. Son facetas propias de la vida humana creadas por Dios para nuestro bien y disfrute. El problema surge cuando dejan de ser *medios*, instrumentos, y se convierten en un *fin* en sí mismas. Lo que frustra no es trabajar, sino *vivir para trabajar*; lo negativo no es entregarse a la ciencia, sino buscar en ella el sentido de tu vida; el vacío desesperante de las riquezas aparece cuando uno busca llenar con ellas el tedio vital. Cuando consideramos estos medios como la *razón de ser* de nuestra vida, entonces se convierten en agua que no sacia, en aspirina que no calma el dolor más que por un poco de tiempo. Ello es así porque no llegan a la raíz del problema tal como nos muestra el autor del Eclesiastés al final de su libro.

Así pues, la frustración es un sentimiento de vacío, de absurdidad que se expresa en apatía, desmotivación, un estar de vuelta de todo. Tristemente muchos jóvenes hoy sufren este «síndrome del Eclesiastés»: están de vuelta de todo sin haber siquiera empezado el camino; son viejos con veinte años. Les falta lo opuesto a la frustración: la ilusión y la esperanza.

### ¿La sociedad es la culpable? Las causas de la frustración

¿Cuáles son las causas de este tedio existencial? A simple vista, el problema parece radicar en el entorno social, en este «mundo loco lleno de gente loca» según nuestro poema inicial. Y no es una respuesta del todo errónea. La frustración es un fenómeno pluridimensional, algo así como una casa con varios pisos donde la influencia de los problemas sociales es innegable. Un análisis prolijo de estas causas sociales escapa al marco reducido de este artículo. Sin embargo, sí queremos mencionar tres ejemplos que reflejan valores e ídolos que nacen de una sociedad enferma y que, en un nefasto «feed-back» negativo, engendran frustración y más problemas sociales.

Un primer ejemplo, el aumento de la **agresividad** contra uno mismo y contra los demás. Los expertos en sociología y en salud mental nos alertan del incremento exponencial de los trastornos psíquicos en los últimos quince años. En esta línea, los intentos de suicidio y los suicidios consumados (agresividad dirigida contra uno mismo) son una de las principales causas de muerte entre jóvenes e incluso entre niños de 10-14 años.

Otra muestra de esta agresividad es el aumento dramático de la **violencia** en las relaciones personales: las agresiones en colegios e institutos, la proliferación de tribus urbanas que se pelean simplemente porque necesitan expresar la violencia que llevan dentro. Llega el fin de semana y las cadenas, las porras o los bates de béisbol constituyen el «equipo» necesario para practicar su deporte favorito: la guerra. Y qué diremos de la proliferación de costumbres casi sádicas como entrenar a perros de determinadas razas (rotweilers, pitbulls, etc.) para que se peleen hasta morir en un espectáculo tan violento como absurdo. Vivimos en una «cultura» -curioso contrasentido- de la violencia. Debemos decir, no obstante, que la agresividad también se manifiesta de formas mucho más sutiles e incluso bien vistas por una sociedad hipercompetitiva. El mundo de la empresa vive a diario situaciones donde el «yo» es afirmado de forma casi darwiniana: a fin de ascender, todo vale. No importa que tenga que pisar o maltratar a mi prójimo. ¡Cuántas carreras meteóricas dejan una estela de «cadáveres» emocionales a su alrededor!

Este clima enfermizo no es exclusivo de jóvenes ni se manifiesta sólo con agresividad. Un segundo ejemplo, aparentemente inofensivo, nos lleva al mundo de la publicidad y nos afecta a todos, jóvenes y adultos. Una firma comercial de prendas deportivas puso como logo a sus artículos la frase «just do it» (simplemente, hazlo). Haz ¿qué? Lo que sea, no importa. Si te apetece, si lo necesitas, hazlo. No te frustres. La filosofía subyacente es clara: el **derecho a satisfacer todos mis deseos y necesidades** de forma inmediata. No se puede aplazar la gratificación personal «porque tú eres importante y te lo mereces». Se trata de obtener lo que deseas como bien resumía el título de una canción «I want it all, I want it now» (Lo quiero todo y lo quiero ahora). Este énfasis en «conseguirlo ya», frecuente en muchas campañas publicitarias, pone al descubierto una filosofía de vida: «no quiero, ni puedo esperar». Para estas personas esperar es fuente de frustración.

Un último ejemplo. Los grandes almacenes saben que cada cierto tiempo es necesario cambiar los escaparates por completo. ¿Por qué? La gente busca en los cambios un remedio para el **aburrimiento**, una de las manifestaciones más frecuentes de frustración. La persona necesita sentirse permanentemente estimulada con novedades. **El cambio** se ha convertido en un ídolo intocable porque se asocia con el «derecho a ser feliz». En nuestra sociedad todo parece estar en necesidad de constante cambio. La filosofía del «nada a largo plazo» afecta a todas las áreas de la vida, incluidas las más proclives a la perseverancia -la «fidelidad»- como son el matrimonio y las relaciones personales. Ello explica fenómenos tan preocupantes como el deterioro de la vida familiar y laboral. El no cambiar -la rutina- es vista como un mal y, por tanto, fuente de frustración.

Sí, el ser humano busca en la afirmación agresiva del yo, en la gratificación inmediata de los deseos y en los cambios constantes la salida, -«la solución»- a su sentido de vacío en la vida. Estas conductas -y otras parecidas- vienen a ser como aspirinas que calman el malestar existencial. Pero, ¿por cuánto tiempo? El efecto analgésico de una aspirina es limitado. Luego, si no se corrige la causa, reaparece el dolor. Éste es exactamente el mensaje del Eclesiastés. Cuando uno reflexiona profundamente en el sentido de la vida, llega a la conclusión de que ni el trabajo, ni el estudio, ni las riquezas, ni el placer pueden dar respuesta satisfactoria. Cuando uno vive para estas cosas, descubre que la vida es «vanidad -frustración- y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol» (Ec. 2:11). No sorprende, por tanto, la conclusión del autor: «aborrecí la vida... porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa» (Ec. 2:17).

Esta falta de ilusión y de metas a largo plazo está relacionada con un problema más profundo y más grave: la **falta de esperanza**. Vivimos fundamentalmente en un mundo sin esperanza. Con frecuencia hago esta pregunta a los adolescentes: «imagina que puedo concederte un deseo,

¿qué te hace ilusión?, ¿qué quieres?» Una de las respuestas más frecuentes es «comprarme...». No importa el qué: una moto, un vestido. La respuesta es bien significativa: la satisfacción a corto plazo. ¿Por qué apenas hablan de tener unos estudios, una profesión o formar una familia como respondía la generación de hace treinta años? La filosofía de vida de nuestra sociedad posmoderna es un fiel espejo de su escepticismo vital: «no merece la pena pensar en el futuro porque no sé cuál será este futuro». La ausencia de esperanza es un tóxico existencial que acaba envenenando todas las áreas de la vida. Por ello es imprescindible aportar esperanza como antídoto contra la frustración.

Así pues, concluimos este punto afirmando que no basta con una sociedad mejor, más justa y menos violenta, para acabar con la frustración del ser humano. Las evidencias refuerzan nuestro argumento: Suecia es el país donde las diferencias salariales son las más bajas de todo el planeta, con una altísima renta per capita y, sin embargo, tiene un índice muy alto de violencia entre padres e hijos. Es sorprendente la crisis de la familia en este país, considerado durante muchos años un modelo social del que había que aprender; la agresividad de los hijos hacia los padres y viceversa ha llegado a límites preocupantes para las autoridades. ¿Por qué se pelean si, aparentemente, tienen un gran bienestar social? La respuesta a esta pregunta nos lleva al tercer y último punto.

### La separación de Dios, raíz de la frustración humana

*«El fin de todo el discurso oído es este:  
Teme a Dios y guarda sus mandamientos,  
porque esto es el todo del hombre»  
(Ec. 12:13)*

La frustración, como concluye el autor del Eclesiastés, no es en último término un problema social sino moral y espiritual. El entorno, por supuesto, influye y, como ya hemos apuntado, debemos reconocer y luchar contra los problemas sociales. El deseo de una sociedad más justa no es patrimonio exclusivo de políticos y sociólogos. También nosotros, como cristianos, sentimos la responsabilidad que nace del anhelo -enseñado por el mismo Señor Jesús- de «ser sal y luz» en este mundo. En este sentido, muchas iglesias evangélicas en España tienen una clara vocación de servicio a su entorno social.

Pero ahí no acaba todo: una sociedad mejor no es la respuesta definitiva al vacío existencial de cada ser humano. El meollo de la frustración no está en nuestra sociedad, sino en nuestra *suciedad*, la suciedad moral que nace del corazón y se extiende cual mancha de aceite a nuestro alrededor. El director de cine Stanley Kubrick, muy apreciado como cineasta y fino observador del alma humana, afirmó en cierta ocasión: «La hipocresía del hombre le ciega acerca de su propia naturaleza y origina la mayor parte de los problemas sociales... la idea de que la crisis de la sociedad tiene como causa las estructuras sociales y no al hombre es una idea peligrosa». Estas palabras cobran un valor añadido al venir de una persona a quien no se puede tildar de religiosa.

En el fondo la frustración es un problema personal, interno. Cual punta de iceberg, es el síntoma visible de una crisis más profunda. En último término, lo que lleva a los hombres a la frustración no son los demás -ni las circunstancias- sino uno mismo. La ambición desmesurada, el deseo insaciable de fama, de éxito, de dinero, la vanidad, el resentimiento, el rencor, todos estos «tóxicos» que envenenan el mundo nacen de mi interior. El problema soy yo, no el mundo que me rodea, como nos recuerda el Señor Jesús: «No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mt. 15:11).

C.S. Lewis, haciéndose eco de una cita célebre de Agustín de Hipona, dice en uno de sus libros (*Cristianismo y nada más*): «Encuentro en mí un deseo que no puede llenar ninguna experiencia de este mundo. La única explicación posible es que he sido hecho para otro mundo». La Escritura nos da la explicación a este desasosiego profundo. En el antológico pasaje de Romanos 8 -un canto de triunfo en Cristo- se nos recuerda el origen de esta anomalía existencial: «Porque la creación fue sujeta a **vanidad** no por su propia voluntad, sino por causa del que la

sujetó en esperanza» (Ro. 8:20). Recordando que la palabra vanidad es la misma que «frustración», podríamos traducir «la creación fue sujeta a **frustración**». La frustración es resultado de la separación de Dios. Vivimos en un mundo frustrante porque se alejó de su Creador en el momento de la Caída. El apóstol expresa la misma idea vinculándola con nuestra separación de Cristo: «En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados... y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12).

El gran científico francés Pascal se refirió a esta causa última de la frustración con un memorable pensamiento: «Hay un vacío en forma de Dios en el corazón de cada hombre que no puede ser llenado por ninguna cosa creada, sino solamente por Dios el Creador, quien se dio a conocer a través de Jesucristo».

Ahí es donde encontramos la clave de todo el problema: la respuesta última a la frustración humana sólo se puede hallar en la persona de Cristo. Dios ha provisto en Jesucristo la vida abundante que es exactamente lo opuesto a una vida frustrada: «**Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia**» (Jn. 10:10). La palabra «abundancia» en el original es un comparativo -«más abundante»- y también se podría traducir por «extraordinaria, magnífica superior». Este versículo es como una síntesis preciosa de todo el Evangelio: ante el drama de una vida frustrada en un mundo frustrante, se alza esplendorosa la figura de Jesús que nos abre la puerta a una vida nueva magnífica, superior, en una palabra, una vida abundante de sentido, de realización y de esperanza.

Ante esta realidad gloriosa, el creyente ya no dice hastiado: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad», sino que prorrumpo con un gozoso «plenitud de plenitudes, todo es plenitud en Cristo».

*Dr. Pablo Martínez Vila*

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es una web de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

Copyright © 2009, Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los Temas del mes, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)